



Bertolt Brecht

TAMBORES
EN LA NOCHE



TAMBORES EN LA NOCHE
(Trommeln in der Nacht)

COMEDIA

PERSONAJES

' -t ANDREAS KHAGLER – " AKTIXIA BALICKE

— Balicke, *SU padre*

KARI — Friedrich Murk, *su prometido* '

AMA lie Balicke, *su madre*

Uabusch, *periodista* DOS

HOMBRES

Manke, *camarero del bar Picadilly* Manke el de las pasas,
su hermano, camarero Glubb, *tabernero* El HOMBRE

BORRACHO.

Bulltrotter, *vendedor de periódicos* Un obrero.

Laar, *campesino* Auguste, Marie, *prostitutas* Una sirvienta

UNA MUJER DE LOS PERIÓDICOS.

Los hermanos Manke son interpretados por el mismo actor.

COMENTARIO PARA LA ESCENA

Esta comedia se representó en Munich, siguiendo las indicaciones de Caspar Neher, con los siguientes decorados: detrás de unos peñeles de cartón de unos dos metros de altura, que figuraban las paredes de una habitación, estaba pintada, de un modo infantil, la gran ciudad. Unos segundos antes de aparecer Kragler brillaba siempre la luna roja. Los ruidos estaban suavemente sugeridos. En el último acto, un gramófono tocaba la *Marselle- sa*. El tercer acto, si no produce un efecto ligero y musical, acelerando el ritmo, puede suprimirse. Se recomienda colgar en la sala carteles con letreros como «No ponga esos ojos tan románticos».

PRIMER ACTO

(ÁFRICA)

En casa de los Balicke.

(Habitación oscura de cortinas de muselina. Al atardecer).

BALICKE.—*(Se está afeitando ante la ventana)*. Hace cuatro años que lo dieron por desaparecido. Ya no volverá. Los tiempos son condenadamente inseguros. Todo hombre vale su peso en oro. Hace ya dos años, hubiera dado entonces mi consentimiento. Vuestro maldito sentimentalismo me engañó entonces. Ahora pasaría sobre el cadáver de quien fuera.

SEÑORA BAUCKE.—*(Ante la fotografía de KRAGLER en la pared, vestido de artillero)*. Era un hombre tan bueno. Un hombre tan infantil.

BALICKE.—Ahora se estará pudriendo.

SEÑORA BALICKE.—¡Si volviera!

BALICKE.—Del cielo no vuelve nadie.

SEÑORA BALICKE.—¡Por todos los ejércitos celestiales, Anna se tiraría al río!

BALICKE.—Si dice eso, es una gansa, y todavía no he visto a ninguna gansa tirarse al río.

SEÑORA BALICKE.—De todas formas, no hace más que vomitar.

BALICKE.—¡No debería comer tantas zarzamoras ni tanto arenque en escabeche! Ese Murk es un buen chico, habría que dar gracias a Dios de rodillas.

SEÑORA BALICKE.—La verdad es que gana dinero. ¡Pero comparado con el otro! Se me llenan los ojos de lágrimas.

BAUCKE.—¿Con el cadáver? Te lo digo yo: ¡Ahora o nunca! ¿A quién espera, al Papa? ¿O es que tendría que ser un negro? Estoy harto de tanta novelería.

SEÑORA BALICKE.—¿Y si vuelve ese cadáver que se está pudriendo, como tú dices, del cielo o del infierno...? Me llamo Kragler... ¿Quién le dirá entonces que es un cadáver y que su novia está en la cama de otro?

BAUCKE.—¡Se lo diré yo! Y ahora dile a esa pobre desgraciada que estoy harto, y que hay que tocar la marcha nupcial y que su hombre es

J\ i r!

Murk. Si se lo digo yo, nos inunda de lágrimas. ¡Y haz el favor de encender la luz!

SEÑORA BALICKE. — Voy a buscar el esparadrapo. Siempre te cortas cuando no hay luz.

BALICKE. — Cortarse no cuesta nada, pero la luz sí. (*Llama*). ¡Anna!

ANNA. — (*En la puerta*). ¿Qué quieres, padre?

BALICKE. — ¡Hazme el favor de escuchar a tu madre y de no gimotear en el día de tu boda!

SEÑORA BALICKE. — ¡Ven aquí, Arma! Padre dice que estás tan pálida como si no durmieras ninguna noche.

ANNA. — Pues sí que duermo.

SEÑORA BALICKE. — Mira, así no puedes seguir eternamente. Ya no volverá nunca más. (*Enciende velas*).

BALICKE. — ¡Ahora volverá a llorar lágrimas de cocodrilo!

SEÑORA BALICKE. — ¡Karl! ¡Y ahí está Murk, que es un hombre trabajador y llegará lejos!

BALICKE. — ¡Ya ves!

SEÑORA BALICKE. — Y, evidentemente, tienes que darle el sí, por el amor del cielo.

BALICKE. — ¡De modo que no organices ninguna tragedia!

SEÑORA BALICKE. — ¡Tienes que aceptarlo, por el amor del cielo!

BALICKE. — (*Furioso, ocupado con el esparadrapo*). Sí, maldita sea, ¿crees que se puede jugar con los chicos como se juega al balón? ¡Hay que decir que sí o que no! ¡Levantar los ojos al cielo es una imbecilidad!

ANNA. — ¡Sí, papá!

BALICKE. — (*Enternecido*). Bueno, ahora adelante con tus sollozos, las compuertas están abiertas, solo tengo que ponerme el salvavidas.

SEÑORA BALICKE. — ¿Es que no quieres nada a Murk?

BALICKE. — ¡Eso es sencillamente inmoral!

SEÑORA BALICKE. — ¡Karl! Bueno, ¿qué pasa con Friedrich, Anna?

ANNA. — ¡Pues sí! Pero si ya lo sabéis, y tengo tantas ganas de vomitar.

BALICKE. — ¡Yo no sé nada! ¡Te lo digo yo, el otro está muerto y putrefacto, y no le queda un solo hueso entero! ¡Cuatro años! ¡Y ni un signo de vida! ¡Y su batería entera que explota! ¡Por los aires! ¡En pedazos! ¡Desaparecido! ¡Bueno, sería una proeza decir a dónde fue a parar! ¡Es solo tu maldito miedo a los fantasmas! Búscate un hombre y no necesitarás tener miedo de noche a los fantasmas. (*Dirigiéndose a ANNA, generoso*). ¿Eres una mujercita valiente o no? ¡Vamos, ven aquí!

(*Suena la campanilla*).

ANNA. — (*Asustada*). ¡Es él!

BALICKE. — ¡Entretenlo fuera y prepáralo!

SEÑORA BAUCKE. — (*En el umbral, con el cesto de la ropa*). ¿No tienes nada para lavar?

ANNA. — Sí. No. No. No, creo que no tengo nada...

SEÑORA BALICKE. — Pero si es ya día ocho.

ANNA. — ¿Día ocho ya?

SEÑORA BALICKE. — ¡Naturalmente que día ocho!

ANNA. — ¿Y si fuera dieciocho?